

Siendo tu voluntad, será la mía.
Pagaré numerosa compañía
Que á mí me insulte y á tu gusto atienda:
Entrégate al placer, cena, merienda;
No estorben mis pesares tu alegría.
Aunque soy ignorante, será bueno
Hacerme más estúpido y más tonto,
Que los estudios para mí son malos.
Y si es que alguna vez me desenfreno,
Trátame con rigor, átame pronto;
Y si tengo razón, dame de palos».

—•—
ROMANCES

I

Á UN MINISTRO

Ayer salí de mi casa
Muy afeitado y muy puesto
Encaminado á la vuestra,
Como de coñtumbre tengo,
Para anunciaros felices
Pascuas, salud y contento,
Buen remate de Diciembre,
Y buen principio de Enero.
Pues, señor, hizo Patillas
Que me saliera al encuentro
Un hablador de los muchos
Que hay por desgracia en el pueblo;

De esos que lo saben todo,
Que de todo hacen misterio,
Que almuerzan chismes, y viven
De mentiras y embelecós;
Infaligable escritor
De arbitrios y de proyectos,
Entremeido estadista
Y, Dios nos libre, coplero.
El al verme comenzó
A dar voces desde lejos,
Y á correr y á chichear,
Y en sumá, no hubo remedio,
Me abrazó, me refregó
Las manos, me dió mil besos:
Y entre los dos empezamos
Este diálogo molesto:
«Moratín, hombre, ¡qué caro
Se vende usted!... ¿Qué hay de nuevo?
Vaya, mejor que el verano
Le trata á usted el invierno.
¿Conque va bien?... — Lindamente
— Si, se conoce; me alegro.
Pero ¿cómo tan temprano?
— Tengo que hacer. — Ya lo entiendo:
Vaya, el barrio es achacoso,
Usted un poco travieso...
Digo, será la andaluza
De ahí abajo. — No por cierto.
— ¿Conque no?... — ¡Qué bobería!
Ni la conozco, ni quiero;
Ni estoy de humor, ni esta cara
Es cara de galanteos
— Pues, amigo, linda moza.
¡Cáspita! Mucho salero,
Alta, colorada, fresca,

Boca pequeña, ojos negros,
Petimetróna... La traje
De Cádiz don Hemeterio,
Y en un año le ha roído
Cinco barcos de abadejo.
¿Y qué sucede? Que acaba
De plantarle. — Buen provecho:
Pero á más ver, porque ahora
Voy de prisa, y hace fresco.
— Hombre, para ir á palacio
Es temprano. — Estoy en eso,
Pero no voy. — ¿No? Pues qué,
¿Nunca va usted? — Yo me entiendo.
— ¡Ah! ya caigo; conque siempre...
Es muy justo... ya lo veo.
Bien, muy bien. El señor conde
Le estima á usted. — A lo menos
Me tolera, disimula,
Como quien es, mis defectos,
Y suple con su bondad
Mi escaso merecimiento.
— Sí, yo sé de buena tinta
Que á usted le estima. Un sujeto
Que va allí mucho... Y ¿qué tal?
¿Conque ya no quiere versos?
¿Es verdad, eh? — No es verdad,
No, señor; si no son buenos
No los quiere, y hace bien:
Si son fáciles, ligeros,
Alegres, claros, suaves
Y castizos madrileños,
Le gustan mucho. Los míos
Suelen tener algo de esto,
Y por eso los prefiere
Tal vez entre muchos de ellos,

Que serán casi divinos,
Pero que le agradan menos.
— Ya, ya; pero usted debía
Mudar de tono... — En efecto.
Escribir disertaciones
Sobre puntos de gobierno,
Enseñar lo que no sé,
Ni he de practicar, ni quiero;
Decirle lo que se ha dicho
A todos, darle consejos
Que no me pide, y á fuerza
De alambicados conceptos,
En versos flojos y oscuros,
Y en lenguaje verdinegro,
Entre gótico y francés,
Hacerle dormir despierto;
No, señor, yo nunca paso
Los límites del respeto,
Y entre muchas faltas, sólo
La de ser audaz no tengo.
— Bien está; pero ¿qué diantres
Se le ha de decir de nuevo,
Que le pueda contentar?
¿Siempre borrando y temiendo?
¿Siempre una cosa?... — Una cosa
Dicha por modos diversos
Puede agradar, y tal vez
Anuncia mayor ingenio.
Siempre le diré que admiro
Su bondad y su talento;
Que no estimo yo las bandas,
Los bordados, los empleos:
Dones que da la fortuna,
Brillan, pero todo es viento;
Sus buenas prendas me inclinan,

Las aplaudo y las venero,
Y con ellas nada pueden
La suerte ciega ni el tiempo.
Y adiós, que es tarde. — Oiga usted.
— Que voy de prisa. — Un momento.
Mire usted... yo... la verdad...
También... ya se ve... Yo tengo
Algo de vena; y en fin...
— ¿Tiene usted vena? Me alegro.
¿De qué? — Digo que á las veces
A mis solas me divierto,
Y escribo algunas coplillas
Tales cuales. Yo no quiero
Darlas á luz, porque... — Bien.
¡Admirable pensamiento!
— Aquí traigo unas endechas,
Un romance, dos sonetos,
Y quiero que usted me diga
En amistad, sin rodeos,
Qué tales son. Venga usted
A aquel portal. — Nos veremos.
— Pero un instante. — Otro día.
— Y una canción que he compuesto
Filosófica. — Al diario.
— Y una tragedia que pienso
Acabar hoy. — A los caños.
— Y un arbitrio. — A los infiernos.
Esto dicho, le dejé,
Apresuro el paso y luego,
Y llegué tarde, según
El informe del portero.
Renegué del trapalón,
De su prosa y de sus versos,
Y de mi estrella, que siempre
Me depara majaderos.

¡Ay, señor! entre las dichas
Que para vos pido al cielo,
La de no conocer nunca
A este verdugo os deseo;
Que si una vez os alcanza,
Según es osado y terco,
Por no verle la segunda,
Os vais á habitar al yermo.

II

AL CONDE DE FLORIDABLANCA (1)

(No recopilado.)

Musa, mañana sin falta
Has de llevar un recado:
Oye la lección, y cuenta
Con alterar un vocablo.
Primeramente pondráste
La mantellina de trapo,
La basquiña de pedir,
Y el gesto de *No hay un cuarto*;
Que cuanto me ha reducido
Mi desgracia, ó mi pecado,
A un potaje de lentejas,
Que siempre es mi extraordinario,
No es bueno que vayas tú
Muy levantada de cascos,

(1) Este romance fué escrito por el autor, siendo aún muy joven, y dirigido al Conde de Floridablanca, á quien cayó tan en gracia, que concedió al suplicante lo que pedía, y aun le otorgó y dispensó otros muchos beneficios.

Crujiendo sedas, y llena
La cabeza de penachos.
Moderación, Musa mía;
La moderación te encargo;
No valga más que el señor
El vestido del criado,
Y diga el ilustre conde
Al verte de punta en blanco,
Que eres musa prostituta,
Y yo tolerante y manso.
Irás... pero no; que están
Los porteros conjurados,
Y... yo me entiendo. No vayas,
Que es gastar el tiempo en vano.
Vete derecho á San Gil,
Y ponte en medio del paso
Y no te apartes por más
Que el cielo llueva venablos.
Espérate allí; y en viendo
Que la misa se ha acabado,
Ojo avizor... que ya sale:
Llegó la ocasión, al caso.
Pero si, como otras veces,
Va de prisa, y no ha mirado,
O se atraviesa una viuda,
O algún soldado de antaño,
O de un coscorrón te envían
Al cancel más inmediato,
O un abad gordo se sube
Encima de ti gritando;
Y en tanto se cierra el coche,
Y ya más veloz que un rayo
Corre, tú le alcanzarás,
Que el ayuno hace milagros.
Corre; y á pie firme espera

A la puerta de palacio,
Que allí ha de parar, y allí
Te ha de ver si no ha cegado.
Y entonces torciendo el cuello,
Como novicio descalzo,
Dile... (Así nunca tus versos
Se imprimen en el diario):
Dile... «Señor, Moratín
Está que le lleva el diablo:
Ni sabe qué hacer, ni sabe
Cómo poder obligaros.
»No viene en propia persona
A repetir el asalto,
Por no seros importuno,
Puesto que lo ha sido tanto.
»Y así, preséntome á vos
Con poderes que me ha dado:
Escuchadme la embajada,
Que en dos puntos la despacho.
»Primero: que os da los días,
No como se dan hogañó,
Por cumplimiento y por uso
De papelitos pintados;
»Sino por estimación
Y afecto sencillo y llano,
Sin hipóboles de moda
Ni palabrones hinados,
»Rogando al cielo os conceda
Más vida que á un mentecato,
Más robustez que á un flumenco,
Más fortuna que á un bellaco,
»Para que la envidia os vea
Vivir feliz muchos años,
Querido de la nación,
Y amigo siempre de Carlos.

»Esto ruega al cielo; y esto
Que os dijese me ha mandado;
Y voy al segundo punto :
La compasión os encargo.

»Dice que pues hoy es día
De gracias y de agasajos,
El agasajo le hagáis
De sacarle de trabajos;

»Que el pobrecito está ya
De esperar desesperado;
Y sólo vuestra palabra
La vida le va alargando.

»El médico le visita;
Le manda jarabe y baños,
Caldos de pollo y substancias,
Y medicinas y emplastos.

»Pero si vos no mandáis
Hacerle beneficiado,
O una pensión clerical
Le recetáis para el caso,

»Ni pedituvios, ni unguentos,
Ni píldoras, ni electuarios,
Ni aunque se acueste con él
Todo el protomedicato,

»Bastará para que el triste
Con la intemperie de Marzo
No se muera de inacción
Como mueren los fidalgos.

»¡Oh, señor!... (Aqui es preciso,
Musa, que esfuerces el llanto
Con aquello de *¡Ay de mí!*
Y sollozos y desmayos.)

»¡Oh, señor! no permitáis
Que se muera tan temprano,
Si no queréis que se vista

De luto todo el Parnaso.

»Sois poderoso, y es fuerza
Que al impulso de esa mano
La más adversa fortuna
Mire su rigor postrado.

»Que si los que adora el mundo
Tienen de divinos algo,
Es sólo poder hacer
Felices los desdichados.

»Y pues la Europa os admira
Al pie del dosel hispano
Regir en paz y justicia
Tanto imperio dilatado,

»No diga de vos, que habiendo
Podido en la tierra tanto,
Sólo á Moratín no pudo
Hacer feliz vuestra mano.

»Desmentid, señor, la errada
Opinión del vulgo vano,
Que juzga que en el hospicio
Tiene Apolo su palacio.

»Desmentidla, pues á vos
Dejó el cielo reservado
Hacer florecer las letras
Dando favor á los sabios.

»Yo no imagino que pueda
Su pretensión admiraros,
Pues cosa más despreciable
¿Cuándo os ha pedido? ¿cuándo?

»Él no pide que le deis
Una cola de arcediano,
Ni quiere ser intendente,
Ni duque, ni veinticuatro;

»Sólo quiere ser abate:
¡Qué pedir tan moderado

El suyo, si por ventura
El ser abate es ser algo!
»Esta fué su vocación
Desde sus primeros años;
No se lo estorbéis, que al fin
Sois católico cristiano,
»Y en conciencia no podéis
Impedir á este muchacho
Que llegue á verificar
Un pronóstico tan santo.
»No, señor. Considerad
Que es el punto delicado;
Vedle bien, y si queréis
Verle mejor, consultadlo.
»Cualquiera abate os dirá
De la capita milagros;
Que también tiene indulgencias
Como los escapularios.
»Sí, señor: también las tiene;
Y cierto autor italiano
Cuenta que ha habido en Europa
Hasta cinco abates santos.
»¿Y quién sabe si los cielos
A Moratín han guardado
Para la media docena
De estos bienaventurados?
»¿Y quién sabe si algún día,
En la colección de un claustro,
En un lienzo, colorido
Por los futuros Ticianos,
»Se verá á mi santo niño
Humildito y cabizbajo,
Las rodillas en el suelo
Y juntas entrambas manos,
»En chupilla y motilón,

Todo judibundizado,
Recibiendo la sagrada
Capita de vuestra mano?»
Esto le dirás; y espero
Las resultas del encargo,
Como espera un mal poeta
Las decisiones del paño.
Porque si la suerte hiciese
(Mas no es posible esperarlo
De la bondad de mi dueño,
A quien reverencio y amo)
Que mi suplica no hallase
Indulgencia ni despacho,
Entonces, Musa, ya puedes
Buscar aposento y plato.
Busca algún talento chirle,
Puesto que en Madrid hay tantos
De estos que viven surtiendo
Versecillos á destajo.
Con él puedes ajustarte
Por meses ó medios años;
O que cada inspiración
Te la pague de contado.
Con ésta al público grazna,
Y engruda los esquinazos,
Y Dios te ayude y te dé
Lectores desocupados;
Que si yo me llego á ver
De una vez desesperado,
O me meto á traductor,
O me degüello, ó me caso.

III

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ

en una de sus venidas á la Corte desde el sitio
de Aranjuez, en 1780.

(No recopilado.)

Aunque de lejos he visto,
Si no hay en la vista engaño,
Que venís bueno y alegre
De las orillas del Tajo,
Recibid el parabién
En versos cojos y mancos;
Y si no os parecen buenos,
A mí me pasa otro tanto.
Es muy difícil hacerlos
Bruñiditos y limados;
Pide tiempo, y no lo tienen
De sobra los secretarios.
Sabréis que mi señoría
Trabaja más que un forzado,
Traduciendo, corrigiendo,
Reconstruyendo y firmando.
Sabréis que de Babilonia
El famoso campanario,
Si á mi portal se compara,
Fué un juguete de muchachos.
Vierais allí un tunecino
Que viene desaforado,
A que le traduzca yo
Unas coplas de su hermano;
Un irlandés que no entiende
La factura de dos barcos,

Y no sabe si llevaban
Naranjas ó atún salado;
Mucho clérigo de prima
Y abatillos currutacos,
Emigrantes, bailarines
Y caldereros gabachos;
Viudas que quieren casarse,
Y como murió don Braulio
En Norlingen, me presentan
Un bosque de garabatos.
Yo los he de interpretar,
Y van y vienen recados:
Que por Dios que las despache,
Que es conciencia dilatarlo.
¿Pues, cuando vienen de Roma
Los diplomas sacrosantos
Que aquella ciudad bendita
Regala al orbe eristiano?
Allí es ver cómo las Musas
Se escapan por los tejados
Huyendo la incomprensible
Colección de garabatos.
Las bulas y pergaminos
Con tanto sello colgando
Para leche, para huevos,
Para no comer pescado;
Dispensas y absoluciones
Para primos y cuñados,
Que en vez de quererse bien
Se quisieron demasiado;
Para que don Agapito
Diga una misa volando,
Y supla por veinte mil
Que en dinero le pagaron.
Para que sor Dorotea

Se vaya á tomar los baños,
Y fray Serapión no rece
Mientras le duren los flatos;
Para que vuelvan al siglo
Los que al siglo renunciaron...
Entonces una irrupción
Viene de godos y alanos,
Espesa nube de frailes
Sobre mi casa tronando,
Blancos, cenicientos, musgos,
Negros, azules y pardos;
Mallorquines, andaluces,
Extremeños y canarios;
Habaneros á docenas,
Y á cientos los peruanos,
Impacientes de soltar
Capuchas y escapularios;
Me llenan de maldiciones
Cada momento que tardo:
Todos con su papelón,
Unos en otros brincando,
Que sin mi firma no puede
Cargar con ellos el diablo.
Todos en su tierna edad
Por un padre endemoniado
Y á fuerza de mojicones
Y palizas, profesaron;
Todos han sufrido injurias
Atroces de sus hermanos,
Y el convento los persigue
Porque son buenos y santos;
Todos tienen una hermana
Viuda y pobre y sin amparo,
Y dos sobrinas doncellas
Recatadas por el cabo,

Cuya doncellez está
Por instantes peligrando,
Y si no las guarda el fraile,
Van á suceder estragos.
Esta es mi vida, estas son
Las amarguras que paso,
Los combates que me dan,
Las escaladas que aguanto.
No os admire, pues, que sean
Mis versos pocos y malos;
Hágalos mejores quien
Esté menos ocupado;
Que para alegrarme yo
De veros contento y sano
Y que el cielo en largas dichas
Os guarde felices años,
No necesito de Apolo,
De las Musas y el Parnaso,
Y en prosa humilde diré
Que os venero siempre y amo
Y os digo verdad, así
Vos me queráis otro tanto.
Es mucho; con la mitad
Me doy por afortunado.

IV

Á UNA DAMA QUE LE PIDIÓ VERSOS

(No recopilado.)

¿Versos le pedís á un hombre
Tan cerrado de mollera?
¿Sabéis qué malos los hago,
Y el trabajo que me cuestan?

¿Sabéis que para hacer uno
Suelo emporcar una resma,
Y en escribirle y borrarle
Gasto semanas enteras?
Si fuera un vecino mío
Que hace coplas á docenas,
Y con ellas se extasia,
Se enloquece y se embelesa,
Y baja al portal, y á cuantos
Pasar, por ruego ó por fuerza,
Sin respirar les recita
Dos cuadernillos de endechas,
Diez sonetos, veinte y cuatro
Redondillas, tres comedias,
Cien epigramas, y nueve
Planes de nueve poemas;
Ese sí pudiera daros
Cuantos versos le pidierais,
Ya que la suerte enemiga
Le condenó á ser poeta.
Yo no lo soy, ni lo quiero
Ser, ni nadie lo sospecha,
Ni Dios permita que nunca
A tal tentación consienta.
Eso no, que esto que llaman
Inspiración, influencia,
Numen, furor, los que envían
A Salanova cuartetos,
No es otra cosa que el diablo
Que los hurga y que los ciega:
Él los inspira, y así
Son tan diabólicas ellas.
Y como hay uno encargado
De los cuñados y suegras,
Alborotador de casas,

Y amigo de peloterías;
Otro diablo comilón
Que corre de mesa en mesa;
Otro vanidoso y tonto
Con bordados y veneras;
Y otro, en fin, que es el que temo,
Juguetón, mala cabeza,
Que se esconde muchas veces
Entre dos pestañas negras,
Y hace con una mirada,
Con una risa halagüeña,
Con dos lágrimas traidoras,
Que todo un hombre se pierda,
Así también, además
De estos diablos que nos cercan,
Hay otro más enfadoso,
Más insolente y perrera.
Este es el que inspira tantos
Versillos de cadeneta,
Y el que regala al teatro
Monstruos en vez de comedias.
Este, el que ahorra los postes
Con cartelones de á tercia,
Embadurna los diarios,
Y hace cola en las gacetas.
Este el que enseña á hacer libros
En donde todo se enseña,
Padre adoptivo de tantos
Sócrates á la violeta.
El apuntó á Valladares
Sus misiones de cuaresma,
Y al miserable Moncín
Sus nefandas Roncalesas,
A don Bruno sus tramoyas,
A Luciano sus endechas,

Y á nuestro Plauto moderno
Sus farsas tripicalleras.
Por él en ambos corrales
La ruda plebe merienda
Del gótico don Fermín
Las mal cocidas menestras.
Por él Zavala, execrable
Autor, fatiga las prensas,
Y el rechinante Trigueros
Aborta sus epopeyas.
Nifo, ¡oh pestilente Nifo!
Gran predicador de tiendas,
Que desde el año de seis
Disparatando voceas;
Sólo este diablo te pudo
Turbar así la cabeza,
Y por divertirse hacerle
Escritor de callejuela.
Él solo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
A don Álvaro Guerrero,
A don Lucas, á Cacea,
Y á tanto varón famoso
Con quien Guarinos espera
Rebutir el suplemento
De su infausta biblioteca.
Y tú, que desde tu silla
Presides á sus tareas,
Y en pérdidas impresiones
Su celebridad aumentas,
Gran Salanova, que en todo
Te metes, y en todo yerras,
¿Qué cura te sacará
El diablo que te atormenta?
Si nuestra piadosa madre

Algún conjuro tuviera,
Como para las langostas,
Para los malos poetas,
Yo te aseguro, infeliz
Mitólogo de la lengua,
Que á chorros de agua bendita
Y antífonas y coletas
Bien presto libertaría
De la pícara caterva
De dioses y semidioses,
Y espectros y ninfas necias
Esa pobre criatura,
Que sin cesar aporrea
El enemigo, y á eterno
Disparatar la condena.
Pero es en vano: los cielos,
Quizá ofendidos, ordenan
En pago de nuestras culpas
Tanto castigo á la tierra.
Y como suele tal vez
Ocupar una floresta
Importuna multitud
De cigarras vocingleras
Que aquí y allá chirriando
El ronco estrépito alternan,
Cantan que rabian, y nunca
Hasta reventar lo dejan,
En tanto que al son tremendo
Huyen con alas ligeras
Las avecillas canoras,
Dulce hechizo de la selva,
Vuela de una rama en otra
Asustada Filomena,
Ni el aire su voz despide,
Ni al caro nido se acerca;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

De esta suerte el numeroso
Enjambre que nos apesta,
De copleros chabacanos
Ridícula turba y necia,
Fastidiosamente aulla,
Y al runrún de sus cenecras
Las musas desaparecen,
Febo y las gracias con ellas.
Todo es ignorancia, y todo
Fruvolidad é insolencia,
Y el Parnaso castellano
Yace morada desierta.
Ni ¿quién osará acallar
La desapacible orquesta,
Ni alternar en el solfeo
Que Salas ova gobierna?
¿Y vos, señora, pedís
(Supongo que fué por fiesta)
Versos á quien de los suyos,
Si algunos hace, reniega?
Yo, que no soy embrollón,
Ni pongo mi ingenio en venta,
Ni predico en el café
Donde retumbaba Huerta,
Yo, cuando en tal ignominia
Está de Apolo la ciencia,
¿He de escribir, mientras Nifo
Escribe que se las pela;
Mientras Concha, haciendo ajustes
Con Martínez y Ribera,
Ofrece dar el surtido
Necesario de comedias;
Y Moncín, para quitarle
El aplauso y las pesetas,
Hace rebajas, y el pobre

Don Bruno rabia y patea?
Mientras el doctor Guarinos
Tanto mamarracho incienza,
Y á Trigueros le despacha
El título de poeta,
¿Yo he escribir? No. Primero
Que tal precepto obedezca,
Guerrero y Casal me alaben,
Y á malos sonetos muera.
Tiempo vendrá, si en los hados
No existe cólera eterna,
Que el rayo puro del sol
Disipe obscuras tinieblas,
Y del olvido en que yacen,
Resucitadas las letras,
De su perdido esplendor
La edad venturosa vuelva.
Yo, entonces, si amor permite
Mi voz á mayor empresa,
O han muerto ya de su incendio
Las no apagadas centellas,
Tal vez de la corva lira
Pulsaré doradas cuerdas,
Entre los doctos alumnos
Que Apolo inspira y alienta;
Y cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le celebran.

V

AGUINALDO POÉTICO

Ya, señor, el tiempo llega
De presentes y regalos:
Para el que ha de recibir,
El más alegre del año;
Para el que da, tiempo triste,
Mes azaroso é infausto,
Tanto, que muchos quisieran
Echarle del calendario.
Yo, en este mes, como soy
Tan cumplido y tan exacto,
He dispuesto remitiros
Las pascuas y el aguinaldo.
Ello es verdad que parece
Muy extravagante y raro
Que el pobre regale al rico,
Y al provincial el dopado;
Pero al fin, si yo nací
De humor generoso y franco,
¿Quién me ha de quitar que tenga
El alma de un Alejandro?
Y no hay remedio, os prometo
Que me he portar con garbo;
Que cuando dan los poetas,
Dios nos tenga de su mano.
Tal vez para su traer
No suelen tener un cuarto;
Pero para regalar
El mundo les viene escaso.
Y no esperéis que os envíe
Rico café veneciano,

Salchichones boloñeses,
Ni vino de Chipre en frascos,
Miel de Calabria exquisita,
De Génova dulces varios,
Lenguas de Lodi excelentes,
Bien que no las he probado,
Enormes quesos de Parma,
Que dicen que son muy caros,
Macarrones, tallarines,
Pasteles napolitanos;
No, señor, porque esto al fin
En las tiendas lo encontramos,
Y si tuviese dinero,
Fácil me fuera comprarlo.
La gracia está en invocar
A Apolo, mi primo hermano,
Y hacerle venir de un brinco
Desde el Olimpo á mi cuarto;
Y en vez de tanta morcilla,
Y de tanta grasa y tantos
Dulces, que sólo producen
Indigestiones y hartazgos;
Si queréis cosas gustosas
Que no os pueden hacer daño,
Y en su vida las han visto
Los arrieros maragatos;
Ahí está el fénix de Arabia,
Que es un manjar delicado,
Y los pavones soberbios
Que tiran de Juno el carro;
Las palomitas de Venus,
Piscis, Capricornio y Tauro,
Que paca estrellas, según
Dice un autor castellano:
Las sirenas las pondremos

En escabeche con caldo,
Que en quitándolas las colas
Son estupendo regalo;
Los tritones, las harpías,
Hipogrifos y centauros,
Unos en jigote, y otros
Fritos, y otros empanados;
Y en cuanto á vinos... El vino
Primeramente es muy malo,
Da cólera y convulsiones,
Y hace en la cabeza estragos:
El agua es mejor; y el agua
Que se baja despeñando
De la fuente Cabalina
Por las faldas del Parnaso,
Vale más que los licores
De Marsella celebrados,
Rescoldo líquido ardiente,
Veneno sabroso y caro.
Pero si á fin de comida
Gustáis de beber un trago,
Yo os daré el néctar que sirve
A Jove el garzón troyano.
Este presente, capaz
De templar el ceño airado
De un vista, de un relator,
De un virrey americano,
Sólo para vos le tengo
Prevenido y arreglado:
Buen apetito, y picar
De todo, y muérase el diablo.
Si ha de ir por tierra, Plutón,
Cibeles, Ceres y Baco
Me prestarán á porfía,
Cuando los quiera, sus carros.

Si ha de ir por el mar, Neptuno,
Tetis, Anfitrite y Glauco
De Génova á Barcelona
Llegan en dos latigazos.
Y si queréis que se lleve
Por el aire, y evitamos
Registro de los ingleses,
Que en todo meten el gancho,
Júpiter, Apolo y Venus
Os le llevarán volando;
Y á fe que en las aduanas
No visitarán el cargo.
Este, en lugar de cubrirle
De pañuelos valencianos,
O de conclusiones llenas
De ineptias y mamarrachos,
Le cubriremos de versos,
Puesto que siendo el regalo
Fruta del Pindo, ¿quién pone
El envoltorio prosaico?
Versos irán, que las musas,
Siendo para vos el canto,
Con su inspiración divina
Agitan mi numen tardo.
Y veis aquí como quedo
Lucido y desempeñado,
Y el mucho favor que os debo
A costa de Ovidio os pago.

VI

MÁS VALE CALLAR

¿Qué será que habiendo sido
La musa que tanto honráis,

En obedeceros pronta
Con sumisa voluntad,
Hoy tan perezosasa esté,
Que no me quiere inspirar
Los versos que me pedís,
Si cuando pedís, mandáis?
¿Acaso pudo el deseo
De complaceros faltar,
O acabaron los calores,
Con su vena perenal?
¿O fatigada tal vez
De traducir y firmar,
Tiempo la falta y humor
Para ser original?
Y en tanto, á mí se me acusa
De indolente y holgazán,
Ella se abanica y ríe,
Yo me apuro, y vos instáis,
¿Qué la cuesta en libres versos
Maldecir y murmurar,
Sátiras dictando alegres,
Llenas de pimienta y sal?
¿Acaso la edad presente
Tan corta materia da?
¿Tan leves son nuestros vicios?
¿Tan pocas locuras hay?
Si la mandaran fingir,
Y con astucia falaz
Aplaudir los desaciertos,
Los delitos adorar,
Yo el primero disculpara
Su silencio pertinaz:
Que es mejor, cuando el asunto
Obliga á mentir, callar.
Pero si queréis que sólo

Dicte sátira mordaz,
¿No es decirla claramente,
Musa, dinos la verdad?
Pues ¿por qué de la ocasión
No se debe aprovechar,
Y dar una felpa á tanto
Literato charlatán,
Tantos eruditos hueros,
Cuyo talento venal
Nos da en menudos las ciencias,
Que no supieron jamás;
Tanto insípido hablador,
Tanto traductor audaz,
Novelistas indecentes,
Políticos de desván,
Disertadores eternos
De virtud y de moral,
Que por no tenerla en casa
La venden á los demás?
¿Y por qué tantos copleros,
Que en su discorde cantar
Ranas parecen que habitan
Cenagoso charquetal,
Ha de tolerar mi Musa
Que metrifiquen en paz,
Y se metan á eseribir
Por no querer estudiar?
¿Ella no fué la que un día
Dió lección tan magistral
(Haciendo el ancho teatro
Púlpito de la verdad),
Que á todo autorcillo astroso
Llenó de terrible afán,
Creyendo cercano el punto
De su exterminio final?

¡Oh estúpidos! escribid,
Imprimid, representad;
Que el siglo de la ignorancia
Largos años durará.
Y mientras al rudo vulgo
Embobéis y corrompáis
Con farsas, que Apolo al verlas
Padece gota coral,
Ni faltará quien es dé
Para vestir y mascar,
Ni habrá un cristiano que os diga:
Vencejos, no chilléis más.
Seguid, y lluevan abates,
Moros, pillos de arrabal,
Arrieros, trongas y diablos
Con su rabillo detrás.
Y si el público se hastía
De ver tanta necedad,
Váyase á dormir tres horas
A los Caños del Peral.
Pero, señor; si la Musa
Se llega á determinar,
Se anima y os obedece,
Y tras todos ellos da,
Y en justa sátira y docta
Los tonos quiere imitar.
Del siempre festivo Horacio
O el cáustico Juvenal,
¿No será de tanto monstruo
Las cóleras provocar,
Y exponer á mil estragos
Su decoro virginal?
¿No veis que yace el Parnaso
En triste cautividad,
Y en él bárbaras catervas

Atrincheradas están?
No, señor; pues siempre ha sido
Para vos fina y leal
Mi pobre Musa, y os debe
Lo que no os puede pagar,
No la mandéis que de tanto
Necio se burle jamás,
Ni les riña en castellano,
Porque no la entenderán.
Sátiras no, que producen
Odio y encono mortal;
Y entre los tontos padece
Martirio la ingenuidad.

VII

Á GERONCIO

Cosas pretenden de mí,
Bien opuestas en verdad,
Mi médico, mis amigos,
Y los que me quieren mal.
Dice el doctor: «Señor mío,
Si usted ha de pelear,
Conviene mudar de vida,
Que la que lleva es fatal:
Débiles los nervios, débil
Estómago y vientre está:
Pues ¿qué piensa que resulte
De tanta debilidad?
Si come, no hay digestión;
Si ayuna, crece su mal;
A la obstrucción sigue el flato,
Y al tiritón el sudar,

Vida nueva, que si en ésta
Dura dos meses no más,
Las tres facultades juntas
No le han de saber curar.
No traduzca, no interprete,
No escriba versos jamás.
Miedos y musas le tienen
Hecho un trago de hospital;
Y esos papeles y libros,
Que tan mal humor le dan,
Tírelos al pozo, y vayan
Plauto y Moreto detrás.
Salga de Madrid, no esté
Meído en su mechinal,
Ni espere á que le derrita
El ardor canicular.
La distracción, la alegría
Rústica le curarán:
Mucho burro, muchos baños
Y mucho no trabajar.
En tanto que esta sentencia
Fulmina la facultad,
Mis amigos me las mullen
En junta particular,
Dicen: «¡Oh, si Moratín
No fuese tan haragán;
Si de su modorra eterna
Quisiera resucitar!
El ha sabido adquirir
La estimación general;
Aplauso y envidia excita
Cuanto llega á publicar:
Le murmuran, pero nadie
Camina por donde él va;
Nadie scierta con aquella

Difícil facilidad;
Y si él quisiera escribir
Tres cuadernillos no más,
¡La caterva de pedantes
Adónde fuera á parar?
¡Qué se hiciera tanto insulso
Compilador ganapán,
Que de francés en gabacho
Traducen el pliego á real?
¡Tanto hablador, que á su arbitrio
Méritos rebaja y da,
Tiranizando las tiendas
De Pérez y Mayoral?
No, señor, quien ha tenido
La culpa de este desmán,
Si escuchara un buen consejo,
Lo pudiera remediar.
Tomasen la providencia
De meterle en un zaguán,
Con su candil, su tintero,
Pluma y papel, y cerrar;
Y allí, con ración escasa
De queso, agua fresca y pan,
Escribiese cada día
Lo que fuera regular.
¡Emporcaste un pliego? Lindo;
Almuerza y vuelve al telar;
Come si llenaste cuatro;
Cena si acabaste ya.
¿Quieres tocino? Veamos
Si está corregido el plan.
¿Quieres pesetas? Pues daca
El *Drama sentimental*.
Por cada escena, dos duros
Y un panecillo le dan,

Por cada *Pequeña pieza*
Un *Vale dinero*, y más.
Y de este modo, en un año
Pudiéramos aumentar
De los cómicos hambrientos
El exprimido caudal.
Esto dicen mis amigos
(Reniego de su amistad);
Mi suegro, si le tuviera,
No dijera cosa igual.
Esto dicen, y en un corro
Siete varas más allá,
Don Mauricio, don Senén,
Don Cristóbal, don Beltrán
Y otros quince literatos
Que infestan la capital,
Presumidos, ya se entiende,
Doctos á no poder más,
Dicen: «Moratín cayó,
Bien le pueden olear,
No chista ni se rebulle,
Ya nos ha dejado en paz.
Su *Barón* no vale nada;
No hay enredo allí ni sal,
Ni caracteres ni versos,
Ni lenguaje, ni... — Es verdad,
Dice don Tiburcio; ayer
Me aseguró don Cleofás,
En casa de la condesa
Viuda de Madagascar,
Que es traducción muy mal hecha
De un drama antiguo alemán...
— Sí, traducción, traducción,
Chillan todos á la par,
Traducción... Pues él ¿por dónde

Ha de saber inventar?
No, señor, es traducción;
Si él no tiene habilidad,
Si él no sabe, si él no ha sido
De nuestro corro jamás,
Si nunca nos ha traído
Sus piezas á examinar;
¿Qué ha de saber? — ¡Pobre diablo!
Exclama don Bonifaz:
Si yo quisiera decir
Lo que... pero bueno está.
— ¡Oiga! ¿pues qué ha sido? Vaya.
Díganos usted. — No tal,
No. Yo le estimo, y no quiero
Que por mí le falte el pan.
Yo soy muy sensible; soy
Filósofo, y tengo ya
Eseritos catorce tomos
Que tratan de humanidad,
Beneficencia, suaves
Vínculos de afecto y paz;
Todo almihares, y todo
Deliquios de amor social;
Pero es cierto que... Si ustedes
Me prometieran callar,
Yo les contara... — Sí, diga
Usted, nadie lo sabrá:
Diga usted. — Pues bien: el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese dramático insigne,
Ni es autor ni lo será.
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear:
Imprime lo que no es suyo,
Todo es hurtado, y... ¿qué más?

Sus comedias celebradas
Que tanta guerra nos dan,
Son obra de un religioso
De aquí de la Soledad.
Dióselas para leerlas
(Nunca el fraile hiciera tal),
No se las quiso volver,
Murióse el fraile, y andar...
Digo, ¿me explico? — En efecto,
Grita la turba mordaz,
Son del fraile. Ratería,
Hurto, robo, claro está.
Geroncio, mira si puede
Haber confusión igual
Ni sé qué hacer ni confío
En lo que hiciera acertar.
Si he de seguir los consejos
Que mi curador me da;
Si he de vivir, no conviene
Que pida á mis nervios más.
Confundir á tanto necio
Vocinglero pertinaz,
Que en la cartilla del gusto
No pasó del *crístus, a*;
Componer obras que piden
Estudio, tranquilidad,
Robustez, y el corazón
Libre de todo pesar,
No es empresa para mí;
Tú, Geroncio, tú me da
Consejo; ¿Cómo supiste
Imponer, aturrullar,
Y adquirir fama de docto
Sin hacer nada jamás?
Tú, maldito de las Musas,

Que lleno de gravedad,
De todo lo que no entiendes
Te pones á disertar,
¿Cómo sin abrir un libro,
Por esas calles te vas,
Haciéndote el corifeo
De los grajos del lugar,
Y con ellos tragas, brindas
Y engordas como un baja,
Y duermes tranquilo, y nadie
Sospecha tu necedad?
Dime si podré adquirir
Ese don particular;
Dame una lección siquiera
De impostor y charlatán,
Y verás cómo al instante
Hago con todos la paz,
Y olvido lo que aprendí
Para lucir y medrar.

VIII

JUICIO DEL AÑO DE 1813

(Inédito.)

Ya llegó el año de trece
Por su paso natural;
Y el de doce, Dios lo guíe,
Hacia la historia se va.
Costumbre ha sido poner
Por cabeza de almanak
Lo que muchos llaman juicio
Y yo llamo necedad,
Prólogo de lo futuro,

Juego de pronosticar,
Anticipada gaceta
De lo que sucederá.
Y ¿qué sucede? Lo mismo,
Poco menos, poco más,
Que ya se ha visto en el mundo
Desde los años de Adán.
Dócil la naturaleza
En su movimiento igual,
Cumple del Numen eterno
La constante voluntad.
Nada es nuevo á quien medita
Lo que va quedando atrás;
Lo que ha pasado es imagen
De lo que debe pasar.
Pero es tan desatinada
La humana curiosidad,
Que olvidando lo que fué,
Pregunta lo que será.
Y ¿en qué libro encontraremos
El método singular
De conocer los sucesos
Que tan callados están?
El sumario de Cortés
Poquisima luz nos da,
En Salamanca se ignora,
En Londres no saben más.
¡Oh tiempo feliz aquel
De inepta credulidad,
Tan fecundo en maravillas
Que no conocemos ya!
Uno buscaba entre chispas
La piedra filosofal,
Suplemento de las minas
De Golconda y del Catay.

Otro, rebosando azumbres,
Daba salud á un lugar;
Y á repiques apagaba
Centellas un sacristán.
Las viejas entre tinieblas
Con untura general
Embrojaban el ambiente
De Rusafa y Campanar.
Este, atisbaba tesoros
La víspera de San Juan;
Y aquél, á puro exorcismo,
No dejaba diablo en paz.
Los difuntos empleaban
Las noches en pasear
Con llamas y cadenas
Y estribillo de ¡ay! ¡ay! ¡ay!
Los magos quemando azufre
Llamaban á Satanás
Y el obediente acudía
Como un donado á un guardián.
Los duendes en la cocina,
En la alcoba, en el portal,
En el terrado, en la cueva,
En lo obscuro del desván,
No dejaban escribir,
Barrer, coser ni guisar,
Ni quedaba trasto á vida
En toda la vecindad.
Pasó aquel tiempo, y con él
La ciencia de adivinar;
Los profetas se acabaron
Para no volver jamás.
Pérdida que solamente
La pudiera reparar
Nuestro juicio, porque el año

Sin juicio se quedará.

Dejemos los otros mundos
En el espacio en que están;
Giren como Dios lo quiso,
Brillen, si deben brillar.

Y en esta pequeña bola
Llena de ignorancia y mal,
Posada incómoda y triste
Que debemos habitar,

Tratemos de ser felices,
Pues la prudencia nos da
El secreto de sufrir
Y los medios de gozar.

IX

EL COCHE EN VENTA

Quiero contarte
Que don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Mas ha de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya: amén)
Sus dos candongas
Y su cupé.
Esta mañana
Salí á las diez
A ver á Clori
(No lo acertó):

Horas menguadas
Debe de haber.
Íbame á prisa
Hacia la Red,
Y en una esquina
Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somatén,
Y las mentiras
De tres en tres.
«Y no hay remedio,
Ello ha de ser;
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde,
Parece inglés;
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra más cuca
No la veréis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito

De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber
A un chalán cojo
Aragonés,
Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas;
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Conque Domingo
Puede á las seis
Ir á mi casa;
Yo os dejaré
Las señas... Pero...
¿Tenéis papel?
— No tengo nada,
Ni es menester;
Dejadme vivo,
Sayón cruel.
Si ya os he dicho
Que no gastéis
Saliva y tiempo;
Si no ha de ser;
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera á pie
Hasta la turea
Jerusalén.
¿Y te parece
Que le ahuyenté?

Nunca un pelmazo
Llega á entender
Lo que no cuadra
Con su interés.
Quise cansarle,
Me equivoqué;
Sigo mi trote,
Sigue también,
Suelto de lengua;
Agil de pies,
Siempre á la oreja
Como un lebrél.
Lloviendo estaba
Y á buen llover;
Calles y plazas
Atravesé,
Charcos, arroyos...
Voy á torcer
Por la bajada
De San Ginés,
Hallo un entierro
De mucho tren;
Muerto y parientes
Atropellé.
Él, por seguirme,
Dió tal vaivén
A un monaguillo,
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tal del pobrete
La rabia fué,
Tal cachetina
Siguió después,
Que malferido,